

ca, sin perjuicio de la veracidad histórica, polarizando en los dos personajes el drama político del tiempo: "La épica de Lucano descansa históricamente sobre dos personajes: César y Pompeyo, en su lucha civil; pero al mismo tiempo está en juego en cada uno de ellos una representación política que les obliga a obrar según distintos postulados. Pompeyo, el héroe principal de *La Farsalia*, actúa como *princeps*, bajo las órdenes del Senado; César, en el mismo poema, aparece como *dominus*, que sólo atiende a su voluntad y se constituye en ley". (Página 115.) Es decir, cada uno de ellos personifica concretamente las tendencias antes aludidas; sin embargo, subraya el autor esta personificación, no excluye la diferenciación entrambos caudillos, desde un punto de vista psicológico, en la medida que en sus distintas posiciones vitalizan el choque entre Principado y Despotado, convirtiéndolo no sólo en una disputa entre dos fórmulas políticas, sino entre dos modos personalísimos de entenderlas.

Este personalismo de Pompeyo tuvo que amargar a Lucano, puesto que el poeta estaba vinculado a la política del senequismo, afecta a los postulados del Principado. Ahora bien, "si Séneca, acérrimo defensor del sistema del Principado, no duda en llamar ingrato a Pompeyo, primer representante de esta fórmula política y antecesor inmediato de Augusto, tampoco Lucano se separa de la narración objetiva, ni de la verdad histórica, aun cuando ésta sea desfavorable a Pompeyo, representante de su ideal político". (Pág. 119.) El personalismo de Pompeyo, pese a su obsesión por legitimar sus actos, implicando siempre en sus decisiones a las instituciones establecidas, contrasta con el caudillismo de César, que hace caso omiso de ellas, inaugurando una nueva etapa, al paso que implanta una nueva fórmula política. Antes que en parte alguna en Roma, las personalidades de excepción rebasan, en una u otra forma, el marco jurídico político de su tiempo y esto tenía que desagradar a quienes, como Lucano, se

movían en el círculo de ideas filosóficas, éticas y jurídicas, del senequismo. Pero Lucano es un historiador y aunque los hechos que narra sean desfavorables al ideal del Principado, él los consigna, de forma que, como insiste Castresana, el Lucano historiador no contradice al Lucano político.

Por otra parte, Lucano desea la expansión de Roma en vista de la creación de un Estado universal, y, por eso, ve con buenos ojos las conquistas de los dos caudillos, aunque prefiera las de Pompeyo, cuyo ideal coincide con el suyo propio. El criterio cívico de Lucano le impulsa a condenar severamente las guerras civiles, criterio común a la escuela estoica y a la historiografía romana en general. También recibe del estoicismo la concepción del ciclo evolutivo de la historia: "Sin menoscabo de la libertad humana, que el estoicismo admite, el acontecer histórico se halla sometido a periodizaciones distintas; de una época de esplendor se llega fatalmente a la *aetas ferrea*, en la que se encuentran las guerras civiles". (Página 140.)

No podemos detenernos, como merece, en la exposición de todas las observaciones y conclusiones que el profesor Castresana hace en este interesante y bien documentado estudio sobre *La Farsalia*. El autor se ha entregado con verdadera pasión al estudio de los personajes y de la época. Están bien vistos los precedentes, el ambiente histórico y el mismo hecho de la guerra civil. Fatiga un tanto la intercalación de los textos latinos en la obra, que acaso sería conveniente bajar a notas en otra segunda edición. La obra está completada con un útil aparato bibliográfico.

P. L. V.

DR. FRANZ VOLGYESI: "El alma lo es todo. Desde la Desmonología hasta la Hipnosis terapéutica". Editor: Luis de Caralt, 1956. 248 páginas.

A principios de siglo e incluso avanzado éste, resultaba peligroso para el

futuro profesional de un médico, sobre todo si era joven, hablar en serio de la psicoterapia especializante cuando el síndrome que se presentaba a la observación clínica era preferido con exclusividad o preferencia al orden somático.

"Hace apenas un generación —señala Völgyesi—, cuando yo empecé mis estudios de medicina en 1912, la neurología —y mucho menos la psiquiatría— no era objeto de examen alguno. Tampoco la psicología general. El especialista en estas ciencias lo era sin título alguno. Los médicos recibían, pues, sus autorizaciones sin conocer las almas de los enfermos, mejor que los legos de cierta cultura, y en muchos casos conociéndolas mucho peor".

Se había llegado a la conclusión de que sólo lo cuantificable era real. Los procesos anímicos e incluso los valores superiores (éticos, estéticos, etc.) se intentaban reducir a la Biología, a una Biología sin alma, porque ésta no había sido hallada en exploración alguna del cuerpo humano. Tan cierto era este espectáculo de absorción de las ciencias por la Biología, o de su reducción a ella, que el entonces joven profesor de Montpellier, Grasset, publicó su tesis de doctorado con el significativo título "Los límites de la Biología", obra que si en ciertos aspectos hoy nos resulta ingenua —sobre todo cuando trata de uno de los límites superiores: la metafísica—, no dejó, sin embargo, de tener en su tiempo honda repercusión y de ejercer posteriormente influencia benéfica.

Tales tendencias biologicistas, que orbitaban una de las regiones del territorio científico, coincidían, o para ser más exactos eran una secuencia del desprestigio en que había caído la metafísica ante las conquistas "reales" de la ciencia positiva. Desprestigio que, por otro lado, ha sido siempre transitorio, pues si hay algo evidente es que: o toda actividad frente a la vida postula supuestos previos trascendentales, o tiene el hombre que resignarse a la aceptación impensada de actitudes sin un fundamento que racionalmente las avale. Interesa a tal efecto el caso de Aldous Huxley, citado por Völgyesi: "Se sabe que Aldous Huxley ha intentado durante muchos años y en numerosas obras —todas ellas mundialmente

conocidas— mantenerse en el más extremo y consecuente materialismo negador del alma. Pero en su reciente confesión ("Ends and Means") acaba por revisar su anterior punto de vista y abandonarlo, bajo la fuerza de su experiencia de la vida y de su saber, cada vez más amplio. "No se puede vivir sin metafísica", empieza su confesión. Y añade Völgyesi: "las nuevas investigaciones de la medicina, de la psicología y de la parapsicología, han arrojado alguna luz sobre los hechos del alma y sobre el papel dominante que el espíritu desempeña en el universo".

Dada la sucesión ininterrumpida y vertiginosamente acelerada de los avances técnicos, se fué imponiendo una división en el trabajo —especialización—, de la que no podía quedar al margen la medicina, configurándose esas múltiples ramas que hoy representan sus diferentes especialidades. Con esto la medicina se vino haciendo cada día más terapéutica de los órganos, olvidándose en la determinación de las diagnosis el elemento psíquico como realidad casi transustancial —sin necesidad de puntualizar más— en acción recíprocamente interferencial con lo somático; en una evidente interacción.

"La Incógnita del Hombre", de Alexis Carrell, fué un impacto serio a esa concepción bilateral del hombre, señalando la necesidad de síntesis que integraran las conquistas de la investigación analítica en un estadio superior, en una visión totalizadora del hombre.

A partir de la citada obra de Alexis Carrell la reacción en favor de la síntesis fué cada día más acusada y, como consecuencia legítima, la atención a lo psíquico se ha ido imponiendo con carácter insoslayable.

En "Medicina oficial y medicinas heréticas", reunión de trabajos de ilustres especialistas franceses, dirigidos por Carrell, el doctor M. Guillerey no duda en afirmar "que incluso en las enfermedades más manifiestamente corporales, la medicina somática no se basta a sí misma", opinión que coincide con la tesis fundamental de la obra que comentamos de Völgyesi, cuando éste escribe que "enfermedad corporal" "significa simplemente" "enfermedad principalmente corporal", y "enfermedad

anímica" (neuroorganógena), "enfermedad principalmente anímica", añadiendo a continuación: "Un importante resultado de nuestras investigaciones psicocondicionistas es el hecho de que *la acción bienhechora y curativa del alma no sólo no se detiene ante el diagnóstico "enfermedad orgánica", sino que empieza entonces a desempeñar un activo papel*".

"Cuanto más gravemente enferma un sujeto (y de una enfermedad orgánica), tanto más necesita el apoyo psíquico de la psicoterapia."

Quienes no han hecho experiencias psíquicas no podrán alcanzar toda la profunda verdad de estas manifestaciones. En más de una ocasión nosotros hemos visto duramente atacados al exponer investigaciones personales en el campo de la hipnosis y la sugestión, por quienes venían obligados a aceptar tales hechos. Citaremos, a modo de ejemplo, los siguientes casos de observación personal: N... tuvo de noche un agudo dolor de muelas. Era éste de tal naturaleza, que nos llamaron para ver cómo se le podía calmar, ya que los analgéticos corrientes no le producían el menor efecto. Empezamos a operar con él. A los diez minutos —tiempo no excesivo si se consideran las oscilaciones atencionales que ocasiona el dolor— se sumió en sueño hipnótico. Como no tuvimos la precaución de sugerirle un despertar ausente de somnolencia, anduvo durante el día siguiente en dicho estado. Al despertar manifestó que sentía la zona de la encía afectada "como si fuese corcho", exactamente lo mismo que cuando se provoca la anestesia para una extracción.

S... es sometido a hipnosis sugiriéndole que va a ser quemado en un brazo con un cigarrillo encendido. Se le presiona ligeramente en el mismo con un dedo y lanza un grito de dolor. Perfecta correlación entre la sensación, la expresividad facial y la reacción corporal. A los pocos minutos se había iniciado una ampolla que fué diagnosticada como causada por quemadura.

La autoridad de Völgyesi confirma estos fenómenos: "Ciertos experimentos hipnóticos prueban también científicamente que se puede provocar por sugestión en personas hipnotizadas la aparición de ampollas de quemadura; se

toca su cuerpo con una plancha fría y se le dice que se le ha tocado con hierro al rojo. En seguida experimenta el sujeto un vivo dolor y la reacción corresponde evidentemente no a los hechos, sino a la influencia psíquica. Recíprocamente, se ha probado ya numerosas veces y desde hace mucho tiempo (desde los éxitos de James Esdrailles, 1840-1844), que incluso en graves operaciones se puede actuar sin ayuda de medicamentos ni otros medios físicos, sino con ayuda de la mera hipnosis, sin que el enfermo *sufra el menor dolor*.

La anestesia hipnótica ha sido muy utilizada por Völgyesi en operaciones con cardíacos, siendo su resultado plenamente satisfactorio, por la inocuidad de tal procedimiento cuando es adecuadamente dirigido. Völgyesi cita dos casos quirúrgicos: operación de apéndice en hombre y una intervención ginecológica.

Cuando comenzábamos hace quince años nuestras experiencias aún se necesitaba valor para hablar de estas cuestiones, incluso en algunos círculos médicos. Hoy, afortunadamente, se presta ya a los fenómenos psíquicos la atención que merecen y los hechos de experiencia a ellos referentes van siendo generalmente admitidos. Así, Hans Driesch, que "estudió personalmente —como indica Völgyesi— las leyes del hipnotismo y lo utilizó. Por eso —añade— él y quienes como él han recorrido un camino práctico, consideran las manifestaciones espirituales y anímicas de un modo muy distinto y mucho más práctico que el modo en que lo hacen aquellos que se limitan a meditar sobre ellos".

En el orden más puramente metapsíquico o parapsicológico, presenta Völgyesi, en la obra a que nos venimos refiriendo, experimentos de interés. Es, pues, de lamentar que cierto fracaso operando con el médium László, le hiciese abandonar sus investigaciones en este sentido, haciéndole juzgar ligeramente de algunos fenómenos que siguen exigiendo detenida atención y nuevas experiencias.

GERMAN DE ARGUMOSA